

LAS CONSTRUCCIONES TRADICIONALES EN BARRO COMO PATRIMONIO RURAL EN LA TIERRA DE CAMPOS (CASTILLA Y LEÓN. ESPAÑA)

José Luis Alonso Ponga

Universidad de Valladolid

Pza. del Campus s/n 47011 VALLADOLID

Tfno. +34983423000 Ext. 4217 Fax 983 42

E-mail: ponga@fyl.uva.es

Palabras clave: Patrimonio, Mundo rural, Popular, Teoría sobre arquitectura popular.

Resumen: En este artículo se aborda la problemática cuestión de la arquitectura del barro. Sus valores como elemento cultural de una sociedad en cambio continuo. Estrategias de creación de la arquitectura del barro como patrimonio cultural. La necesidad de plantearse su estudio y puesta en valor desde una perspectiva global.

La Tierra de Campos es una amplia región que ocupa el centro de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Región formada por arcillas, carente de piedra, que solo aparece en los rebordes de los montículos que la circundan. No tiene ríos importantes, apenas algunos riachuelos de escaso estiaje que se secan prácticamente en el verano (Plans, 1970; Peña Sánchez, 1975; Leguey-Rodríguez, 1970). Sólo el Cea la bordea por el norte, separándola de otra subcomarca, Los Oteros que la une al Esla. El gran río que riega algunas tierras del norte de la comarca, y que hoy día, regulado su caudal en la cabecera por el pantano de Riaño, embalsa el agua para abastecer a los diminutos afluentes terracampinos, el Sequillo y Valderaduey. Carece de arbolado, a lo sumo algunos chopos escuálidos a la vera de algún regato, o junto a los escasos pozos que alimentan pequeñas y raquílicas huertas. Las arcillas son abundantes, pero la escasez, por no decir carencia absoluta, de combustible, ha impedido la fabricación de materiales en barro cocido, como la teja y el ladrillo, determinando, en buena medida, el desarrollo de la arquitectura del barro o tierra cruda. La escasez de madera obliga a un llamativo ahorro en la estructura de los edificios. No aparecen entramados de importancia. Se utiliza en las cubiertas, con tacañería, hasta el punto de montar los tejados sobre viguería rala que sostiene una base de cañizos y juncos para sujetar la teja. Sin embargo el ahorro de la madera en las estructuras contrasta con el uso masivo en los soportales de las villas y pueblos de cierta importancia como Medina de Rioseco, Villalón, Melgar de Arriba, Frechilla... formados por largas hileras de columnas con zapatas de gran belleza y variedad, de tradición mudejar, y canecillos labrados que sostienen los pisos superiores volados hacia la calle.

La arquitectura del barro en la Tierra de Campos, es la del adobe y el tapial. Este último más abundante, sirve para levantar las humildes viviendas campesinas, pero aparece también en muchos edificios nobles, iglesias y palacios. Se trata en estos casos de tapia acerada, mezclada con cal -reforzada entre cajones de ladrillo-, de anchos codales, con elegantes revocos de cal.

No es mi intención hablar aquí del uso que se hace de estos materiales en las diferentes capas sociales, ya que, como es de sobre conocido, desde la antigüedad, la tierra cruda se emplea al mismo tiempo en mansiones lujosas y cobertizos miserables. Mi intención es mostrar las estrategias seguidas para elevar las construcciones tradicionales de barro a la categoría de patrimonio rural en La Tierra de Campos, ver hasta qué punto se ha conseguido y poner de manifiesto las causas del relativo fracaso.

1 - Un equívoco sobre el patrimonio rural:

Cuando hablamos de patrimonio rural, estamos haciendo alusión, aunque sea de una forma inconsciente, a un tipo de patrimonio que aparentemente sólo se puede

encontrar en el campo. Aludimos a una vieja teoría según la cual lo rural es sinónimo de lo popular y a veces de lo tradicional. Esta teoría que está ampliamente desmentida en otros ámbitos de la Antropología Cultural, sin embargo parece que aún funciona en los estudios de arquitectura tradicional. Este enunciado hace referencia al patrimonio rural como patrimonio del pueblo, (otro concepto de difícil definición) haciendo alusión a un colectivo anónimo, al que se le presupone escasa o nula formación académica, un cierto atraso respecto a la moda imperante y una incultura letrada; pero que posee, por el contrario, una gran sabiduría adquirida gracias a su inteligencia natural. El patrimonio rural sería el cúmulo de productos culturales, -en nuestro caso de manifestaciones arquitectónicas-, que encontramos en los pueblos debidas a generaciones de “maestros anónimos”, algo que desde mi punto de vista es cuestionable (Alonso Ponga, 2002).

Se puede hablar de patrimonio cuando las obras a las que nos referimos, son reflejo de las ideas que el grupo tiene de sí mismo, y sólo en la medida en que sirven como espejo de sus categorías económicas sociales y culturales. En la mayoría de los tratados al uso, cuando se habla de arquitectura del barro, se hace casi siempre tomando como ejemplo las construcciones modestas. Casas pequeñas de pocos vanos, y tapias de escaso grosor, pertenecientes a campesinos de menguada riqueza o a pobres jornaleros, que contrastan con edificios similares de economías pudientes dentro del mismo lugar, y que, en el caso de la comarca que nos ocupa, tienen algún material cerámico en la fachada o recercando los vanos de puertas y ventanas.

2 - Los maestros albañiles:

Los edificios que podemos admirar en los pueblos, no son obra de “maestros anónimos” sino de personas perfectamente identificables, con unos perfiles humanos y formativos concretos. La construcción tradicional era, o una autoconstrucción, o una construcción encargada a algún albañil cuyos conocimientos de arquitectura podían ser más o menos profundos. De hecho había toda una gama de personas dedicadas a la construcción, entre las que encontramos maestros albañiles que conocían el oficio por tradición, y otros, mucho más sabios, que tenían conocimientos de arquitectura. Los maestros albañiles mantuvieron, prácticamente hasta su extinción – con el cambio de la vida tradicional a la industrial los albañiles se hicieron “constructores” adecuándose a las nuevas exigencias sociales, o desaparecieron- un sistema casi gremial. El maestro, en posesión de unos conocimientos poco comunes, tenía a su cargo operarios que trabajaban con él como aprendices y le seguían hasta que ya conocían suficientemente las técnicas del oficio. El aprendiz trabajaba sólo por la comida y el cobijo. Su fuerza de trabajo al servicio del maestro era el pago por las enseñanzas recibidas. Este sistema estuvo vigente en La Tierra de Campos hasta los años cincuenta del siglo pasado. Aprender un oficio, significaba, casi siempre, salir del círculo del proletariado campesino al que estaban abocados la mayoría de los habitantes de estas campiñas. Sin embargo, por razones que son largas de explicar, no eran muchos los que salían de él.

El maestro no era autodidacta, sino depositario de una tradición transmitida de una generación a otra, que arranca de tratados clásicos de arquitectura -no es raro encontrar entre los papeles de los viejos maestros dibujos que son reproducciones de Juan de Villanueva y otros- y que se actualizaba con la adquisición de nuevos conocimientos que a su vez transmitía a los discípulos. Su formación no era sólo un compendio de reglas rígidas que aplicaba de manera automática, dominaba un amplio abanico de soluciones prácticas que se enriquecían con la experiencia diaria y con los conocimientos científico-técnicos a los que tenían acceso. Los datos recogidos en trabajo de campo en esta comarca me hacen pensar que es necesario reflexionar sobre la deuda que tienen estos maestros con las obras clásicas, al tiempo que muestran la capacidad de innovación, o por mejor decir, de adecuación al terreno y a

las necesidades concretas de los usuarios . No en vano este es uno de los grandes valores, sino el principal, de la llamada arquitectura tradicional (Flores, 1947).

3 - Valoraciones Emic- etic de la arquitectura tradicional:

La valoración de la arquitectura tradicional se basa, según algunos planteamientos evidentemente reduccionistas, en el enraizamiento que se le supone al hombre del mundo rural con sus tradiciones y sus costumbres. Este es un a priori de folkloristas románticos que no responde a la realidad.

Las construcciones de barro de la Tierra de Campos son portadoras de unos valores técnicos y culturales de los que, al parecer, no son conscientes ni los autores ni sus propietarios. Son valores enunciados desde la ciudad, por teóricos que ven en los edificios soluciones curiosas, llamativas, dechados de sabiduría ancestral, de gran belleza etc. Dando la impresión de que según estas apreciaciones, en el pueblo se arrinconan valores que no se pueden mantener en la ciudad.

No es difícil demostrar que casi todos los elementos y productos de arquitectura tradicional – soportales de madera, zapatas, entramados y aleros -, en otro tiempo abundantes también en las ciudades, se han derribado y se derriban en las capitales de provincia, mientras se exige que se respeten en el mundo rural, como un patrimonio que nos afecta a todos.

La percepción de los propietarios es diferente. Estas construcciones son símbolo de pobreza y atraso. De hecho en el mismo núcleo rural han visto, durante generaciones, cómo el rico cambiaba tanto la estructura como los materiales de los edificios adecuándose a las modas imperantes.

Así pues se fía la conservación de una arquitectura a propietarios que no se ven reflejados en ella ni aceptan los valores que pretenden los de fuera.

Estas construcciones, dada la vulnerabilidad de sus materiales requieren un mínimo mantenimiento de embarrado y protección contra las humedades. Labor que el propietario ejecutaba con celo y cariño, cuando los edificios estaban en uso. El problema surge cuando carecen de utilidad aparente. Ningún grupo mantiene elementos culturales superfluos. Perdida la finalidad para la que fueron creados, se afianzan más las valoraciones negativas, porque los antiguos propietarios ven en ellas solamente obras que les recuerdan la vida dura de la que finalmente con esfuerzo y trabajo lograron escapar. Dejar el mantenimiento de un patrimonio a gente que no lo percibe como tal, sino que por el contrario ve en él connotaciones que no quiere ni recordar, no deja de ser una curiosa manera que tiene nuestra sociedad de conservarlo. Se impone, pues, una nueva interpretación y relectura de un patrimonio aparentemente sin sentido.

4 - Nuevas valoraciones de viejas construcciones:

Después de la primera oleada iconoclasta en la que el pueblo intentó olvidar su pasado de precariedades, se pasó a la sobrevaloración de todo lo que significaba tradición. Una exaltación desmedida y a veces también acrítica de todo aquello que podía ser reflejo de otros modelos de vida, de otras maneras de hacer, diferentes a las nuestras. Poniéndolas como ejemplos a una sociedad más desarrollada, pero aparentemente menos satisfecha. La revalorización no se hizo por los propietarios que habían vivido en esos contextos, sino por una segunda generación que empezó a ver la arquitectura popular con otros ojos y por críticos foráneos. La resemantización de las obras, arquitectónicas en este caso, llevó a la hiper-valoración de todo lo que no estaba hecho con métodos industriales, de todo lo que había surgido del anonimato, del saber “ancestral”. Se retomó desde una perspectiva romántica, una exaltación de la conocida frase ¡“qué bonito y cuanta sabiduría encierra lo de antes!”. Los interesados colaboraron porque no estaban en juego ni sus intereses, ni su idiosincrasia, ni se ponía en entredicho su modernidad. La valoración renacía como rescate de unos

conocimientos atemporales que no exigían implicaciones personales ni sacrificios económicos. Se leía en otras coordenadas, en las que incluso los protagonistas, se sentían reforzados, ya que se valoraba su cultura, la rural, formando parte de la "otra cultura", la hegemónica. En el proceso de recuperación se establecieron escalas: La base de todo fue la técnica. Hubo una obsesión por conocer las técnicas del adobe y el tapial, utilizadas por los albañiles. En sucesivos trabajos de campo se recogieron las "maneras de hacer" de los viejos maestros albañiles, anotando especificidades y localismos. Con los resultados se elaboraron teorías sobre el patrimonio arquitectónico tradicional. Se recuperó esta cultura como base de diferenciación local, como sustentadora de identidades menores. Cada comarca, y a veces cada localidad, pretendieron erigirse en el centro de la sabiduría de esta ciencia. En núcleos imprescindibles para el conocimiento de las técnicas y los resultados de unos trabajos. Desde esta perspectiva se recuperaron "barreras" (lugares de extracción de la tierra para los adobes) y se ensayó el rescate de modelos tipológicos usados por los protagonistas.

A todo ello ha contribuido la creación de discursos en los que se valoran las características de esta arquitectura en relación con los materiales y el medioambiente. Los materiales vienen de la tierra y vuelven a ella, no contaminan, crean pueblos y agrupaciones en los que el caserío se mimetiza con el entorno, en el que reina un equilibrio medioambiental envidiable y envidiado en una época como la actual en la que nuestra sociedad lucha por la recuperación de valores ecológicos.

El rescate se hizo en función de una recuperación de la memoria oral, y también escrita, pero transmitida oralmente. En ella aparecen continuamente referenciados los edificios rurales, casi nunca los urbanos, en cuanto deudores de la tierra cruda.

La selección de los edificios en tierra cruda y su salvaguarda se ha hecho desde las instancias culturales superiores. Desde Fernández Balbuena, pasando por Torres Balbás y todos los estudiosos de la arquitectura tradicional han cargado las tintas sobre el valor excepcional de estas construcciones. Su conservación se plantea a varios niveles teniendo presente modelos y paradigmas que arrancan de los intereses de las élites que producen estos discursos. Entre los cuales están el de ser portadoras de saberes ancestrales, el de su adecuación a la tierra, el de mostrar el desarrollo de los núcleos rurales a través de estas construcciones etc.

Dentro de los valores de la arquitectura tradicional, está la variedad de edificios construidos con estos materiales, que están en relación con las actividades de la vida cotidiana de los pueblos. La economía, la sociedad, el mundo de las creencias etc., tienen su reflejo en los pueblos de la Tierra de Campos. Los núcleos urbanos se configuran en función de unos parámetros y unos intereses propios de las necesidades del hombre para el que están hechos. Los núcleos rurales, con otros intereses, solucionan sus problemas desde otras perspectivas. La dicotomía rural-urbana a la que aludíamos al comienzo no está tanto en el empleo de unos materiales u otros, sino en función de dónde y cómo se utilizan. De las soluciones que se dan a problemas aparentemente similares, de las necesidades del propietario y de la posibilidad de manejar su espacio.

El campo se ha convertido en un gran espacio resemantizable a través de las construcciones que se conservan. La ermita perdida en la llanada, fija un término, anuda símbolos a través de los cuales, los lugareños se sienten unidos a ese territorio. La ermita tiene un valor arquitectónico incuestionable, como reflejo de técnicas constructivas de barro con alguna parte, generalmente la portada, de ladrillo, pero además posee un valor referencial, que se manifiesta en las creencias que aglutina, en las leyendas de que es portadora.

Los palomares tienen fundamentalmente un valor estético porque con sus formas y volúmenes rompen la aparente monotonía tipológica de las otras construcciones del barro. La variedad de alzados, la belleza de los remates, los conjuntos que aparecen a la entrada o salida de los núcleos rurales, refuerzan el

paisaje antropizado, hasta el punto de construirlo simbólicamente con la creación de metalenguajes que operan con categorías estéticas, pero sobre todo patrimoniales. El palomar destaca como representación de una economía agraria en la que las palomas tienen una gran importancia en la gastronomía, pero también una valoración histórica en cuanto que son edificios utilizados desde antiguo, reflejo de unas actividades agropecuarias heredadas del mundo romano (Alonso Ponga, 1996). Sobre ellos actúan los maestros albañiles, responsables últimos de estas construcciones, de su variedad y riqueza estética. Pero a su vez, como en una superposición de mensajes, sobre ellos han actuado los intelectuales, elevándolos a la categoría de emblema de las llanuras.

Hay un círculo que parte de las construcciones de los maestros, las arquitecturas anónimas, que a su vez interpretan las necesidades de los usuarios porque trabajan, nunca mejor dicho, a pie de obra, se hacen eco de sus inquietudes. Los productos de los maestros son reinterpretados por los propios usuarios que los hacen evolucionar de acuerdo con sus necesidades más inmediatas (la inmediatez es uno de los valores de la arquitectura tradicional). Este producto creado desde la tradición, y evolucionando en una adecuación constante, se reinterpreta desde las élites foráneas, las cuales crean sus propios discursos que funcionan como metalenguajes referidos a los edificios y al urbanismo que configuran. Estos discursos, a veces, calan en los descendientes de los usuarios que los hacen suyos, entonces los edificios no se conservan, de lo contrario, se abandonan.

El peligro está cuando esas élites no se interesan por los valores complejos que encierran los edificios y sólo se fijan en algunos aspectos más llamativos para el especialista. Cuando, por ejemplo, se interesan sólo por los aspectos tipológicos, para crear un banco de plantas y alzados, de soluciones más o menos curiosas. Si se valora en toda su complejidad, como manifestación de un colectivo, de un pueblo, de una comarca, base de identidad del grupo que lo ha producido, éste quiere mantenerlo porque se considera su propietario, ya que, a través de estas manifestaciones, se perpetúan la historia, los modos de vida y la cultura de sus antepasados. Esta base identitaria es la que debe manejarse con más asiduidad para la recuperación y conservación de técnicas y soluciones arquitectónicas dentro de la Tierra de Campos.

Estos edificios han perdido la función para la que fueron creados, su salvaguarda depende de las nuevas utilidades que sus propietarios reales (los dueños) o los nuevos (la sociedad que se interesa por ellos) sea capaz de atribuirles. La utilidad no es física, el edificio no sirve para lo que fue creado, ha quedado obsoleto, la casa tradicional no responde a las necesidades de los nuevos moradores, el palomar no tiene rentabilidad económica. Los soportales no cumplen su misión y su mantenimiento es caro, las casetas de eras y viñas son un estorbo para las labores agrícolas o un impedimento para el desarrollo de los nuevos barrios. Debemos repensar la realidad, investigar la historia, recoger las técnicas, pero sobre todo dotar a los edificios de nuevos valores "patrimonializarles", hacerles ejemplos y ejemplares alrededor de los cuales la sociedad, los propietarios, los usuarios y admiradores creen y recreen su identidad. Tenemos que trabajar para que lleguen a ser depositarios de los múltiples valores que se exige de ellos. Desde este punto de vista, los edificios resultan plurisémicos, son un conjunto de técnicas usadas por un colectivo, al servicio de un grupo, que los ha utilizado y los enriquece con sus múltiples significados de uso, a través de los cuales pone de manifiesto el desarrollo del grupo como tal.

La patrimonialización consiste en la capacidad de reinterpretar y poner en valor todos los aspectos culturales y sociales de que son portadores los edificios. El patrimonio rural tiene que ser el reflejo de todos los grupos que han intervenido en su creación. La arquitectura popular deviene patrimonio rural cuando pone de manifiesto el complejo mundo en el que se sustenta, que a su vez arranca de la capacidad de admiración y reconocimiento de los papeles que tiene cada grupo que ha actuado sobre él.

La puesta en valor de este patrimonio exige tener en cuenta todas estas variables. Sólo cuando el visitante logre apreciarlas podremos decir que estamos ante un verdadero patrimonio rural, de lo contrario seguiremos con estudios taxonómicos cuando no colecciones de soluciones raras y curiosas.

Bibliografía

- ALONSO PONGA, J.L. (1986, 1988, 1994). "La arquitectura del barro". Junta de Castilla y León. Valladolid. .
- (1991). "Arquitectura popular leonesa". León
 - (2002) "De arquitectura humilde a patrimonio cultural: Nuevas anotaciones a la arquitectura del barro", en "En torno a los oficios Tradicionales". León, pp. 45-66.
- BENITO MARTÍN, F.: (1998) **Arquitectura Tradicional de Castilla y León**. Junta de Castilla y León. Consejería de Medio Ambiente y ordenación del Territorio. Europa Artes Gráficas. Salamanca.
- FEDUCHI, L: (1974) "Itinerarios de arquitectura popular española". Ed. Blume, Barcelona.
- FERNÁNDEZ BALBUENA, G.: (1922)"*La Arquitectura humilde de un pueblo del Páramo Leonés*". En "Arquitectura". Órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos. Revista mensual ilustrada. Año IV, nº 38, Madrid.
- FLORES, C. (1974) "Arquitectura popular española". T. III, Madrid.
- GRACIA GRINDA, J. L.: (1991) "Arquitectura popular leonesa". Diputación Provincial de León. Madrid, 2 vols.
- LEGUEY, S., RODRIGUEZ, J.: (1970). *Estudio de las terrazas y sedimentos de los ríos de la cuenca del Esla*". En "Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural" (Geología), 68, nº 1-2.
- TORRES BALBAS, L.: (1934) "La vivienda popular en España", en "Folklore y Costumbres de España" (Dir. por Carreras y Candí). Barcelona.
- ORTIZ SANZ, J.; REGO SANMARTÍN, T.; CAÑAS GUERRERO, I.: (2001)"La casa de corral: emblema de las construcciones agrarias tradicionales en Castilla y León". Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería. Imprenta Casares. Valladolid.
- PEÑA SÁNCHEZ, P.: (1975). "Crisis rural y transformaciones recientes en Tierra de Campos". Valladolid.
- PLANS, P.: (1970) "La Tierra de Campos". Madrid.
- PONGA MAYO J. C.; RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, M^a A.: (2000) "Arquitectura popular en las comarcas de Castilla y León". Consejería de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Valladolid.

Currículo

Profesor Titular de Antropología Social de la Universidad de Valladolid. Director de la Cátedra de Estudios sobre la Tradición. Entre las publicaciones sobre el tema señala:

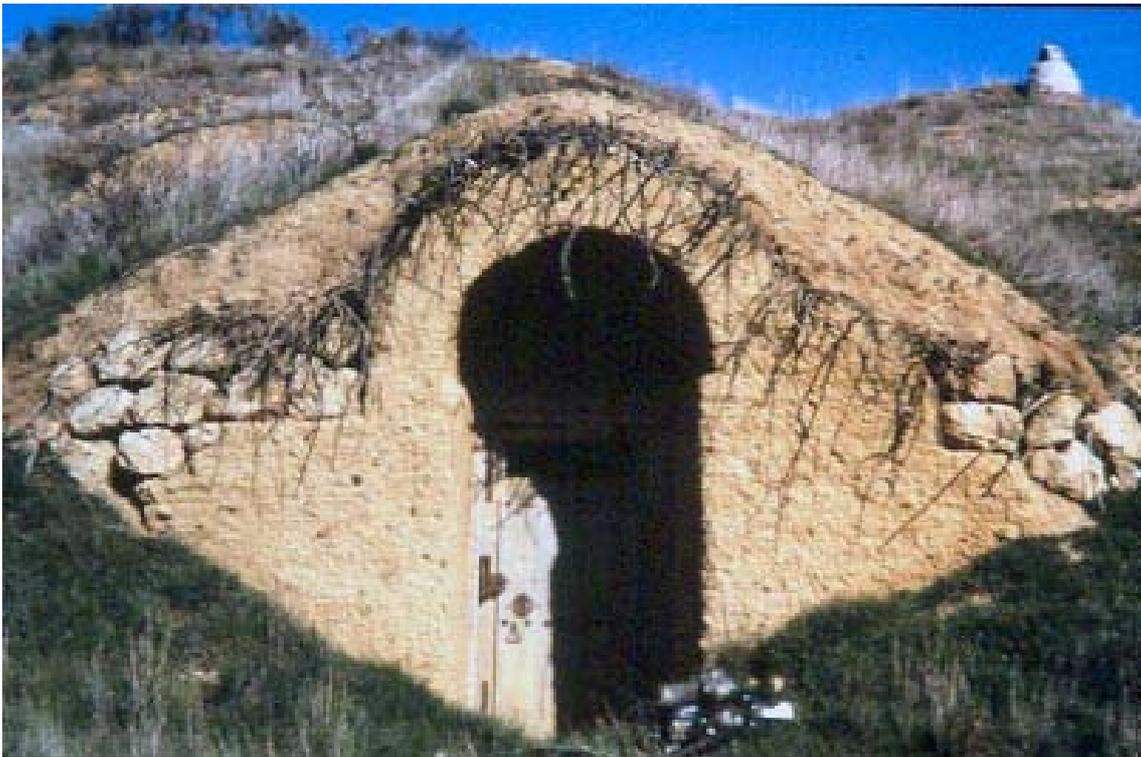
- 1986, 1988, 1994. La arquitectura del barro. Junta de Castilla y León. Valladolid. A new edition of this book is predicted next.
- 1991. Arquitectura popular leonesa. León
- 2002 "De arquitectura humilde a patrimonio cultural: Nuevas anotaciones a la arquitectura del barro", in En torno a los oficios Tradicionales. León, pp. 45-66.
- 1990 "Construcciones de barro en la Tierra Llana leonesa", En CEA GUTIERREZ, A. et Al. (coord.) *Arquitectura popular en España*. Actas de las jornadas 1-15 de Diciembre de 1987.
 - "La arquitectura del barro en las comarcas leonesas", en Jornadas sobre arquitectura tradicional en León (in press).



Soportales, Frechilla (Palencia)



Palomar, Villafáfila (Zamora)



Entrada a una bodega en Alcuetas (León)



Sta. Mª del Monte de Cea. (León)